

Reseña de Libros

Thomas Hobbes y Saramago están de acuerdo: “El hombre es el lobo del hombre”

“(…) Al fin se encendió la señal verde y los coches arrancaron bruscamente, pero enseguida se advirtió que no todos habían arrancado. El primero de la fila en medio está parado, tendrá un problema mecánico, se le habrá soltado el cable del acelerador, o se le agarrotó la palanca de la caja de velocidades, o una avería en el sistema hidráulico, un bloque de frenos, un fallo en el circuito eléctrico, a no ser que, simplemente se haya quedado sin gasolina, no sería la primera vez que esto ocurre. El nuevo grupo de peatones que se está formando en las aceras ve al conductor inmovilizado braceando tras el parabrisas mientras los de los coches de atrás tocan frenéticos el claxon. Algunos conductores han saltado ya a la calzada, dispuestos a empujar el automóvil averiado hacia donde no moleste. Golpean impacientemente los cristales cerrados. El hombre que está dentro vuelve hacia ellos la cabeza, hacia un lado, hacia el otro, se ve que grita algo, por los movimientos de la boca se nota que repite una palabra, una no, dos, así es realmente, como sabemos cuando alguien, al fin, logra abrir una puerta. Estoy ciego”.

(Fragmento del primer capítulo de “Ensayo sobre la ceguera”)

En una ciudad innumerable que bien podría ser Nueva York o San Salvador, los ciudadanos son atacados por una repentina epidemia de ceguera que poco a poco diezma la visión de todos. Dantesca y surreal, blanca en lugar de negra, así es esta ceguera que lo cubre todo, que lo inunda todo, que no perdona, que sumerge en lechosa blancura al automovilista que espera frente al semáforo, al presentador de televisión que da las noticias sobre la epidemia, al paciente que aguarda a que el médico lo atienda.

La epidemia avanza a pasos agigantados, absorbiéndolo todo tan rápidamente que el gobierno dicta estado de alerta, decreta la suspensión de las libertades individuales y, en aras de controlarla, secuestra a los contagiados y los aísla del resto de la población, abandonándolos a su suerte mientras el país entero se sacude ante un destino que no se inmuta.

Hombres, mujeres y niños. Aunque parezca increíble todos están ciegos. Bueno, en realidad no todos, ya que inexplicablemente la esposa de un médico jamás se contagia, por lo que se convierte en su lazareto y protector, acompañándolo a su confinamiento obligatorio y, de esta forma, garantizando su supervivencia.

El confinamiento obligatorio sumerge a los ciegos en el olvido, porque el gobierno de esa nación cree que el encierro basta para alejar lo que se teme, para hacerlo desaparecer. Es por ello que los confinados solo se tienen a sí mismos

para sobrevivir en un escenario en que la comida escasea, la inmundicia lo rodea todo, la anarquía y el caos imperan, la tragedia y la muerte los circunda.

Y, a pesar de que la razón obliga a pensar de que un ser afligido por la desgracia será capaz de mostrarse solidario con otro que comparte su desdichada suerte, la realidad no se nos puede presentar más adversa: En este lugar donde los ciegos con recluidos en diferentes secciones, los habitantes de una de ellas se organizan y comienzan a acaparar comida en lo que pareciera ser una metáfora del afán consumista y predador que impera en nuestra sociedad actual.

Pero, ¿Para qué quieren tanta comida? Por absurdo que parezca, la canjean (con los hambrientos ciegos a quienes han robado) por relojes, dinero y joyas, artículos inútiles en un sitio en donde lo que más falta no se puede comprar con dinero: La dignidad.

Como nada es eterno, como las posesiones materiales son finitas, pronto no queda nada para expropiar, por lo que el grupo de criminales impone un nuevo “artículo”, un nuevo botín: La sección que no quiera morir de hambre deberá enviar a las mujeres que en él viven para que sean violadas colectivamente.

La crisis moral hace trastabillar a las posibles víctimas y a sus compañeros. Esposos y padres se niegan, algunos más por salvaguardar el honor que creen en riesgo; otros, sin ningún miramiento pretenden obligar a sus compañeras a hacer lo que, según ellos, es su deber. En medio de tantas contradicciones, no faltan aquellas mujeres que, sin pensarlo dos veces, ofrecen cumplir con el designio perverso con tal de salvar de la muerte a una madre muy anciana o a sus seres queridos.

Así es como se ejecuta el brutal ultraje cuyo escenario bien podría recordarnos las salvajes violaciones llevadas a cabo en zonas en combate como Bosnia, Herzegovina y el Congo, en los que las mujeres se convirtieron en “botín de guerra”, en portadoras del estigma con el que los vencedores marcaron al pueblo dominado, violentado y degradado.

Cruel. Despiadada. Real y Humana. Esa es la realidad que nos presenta el libro “Ensayo sobre la ceguera”, escrito en 1992 por el Premio Nobel de Literatura José Saramago. Considerado por los críticos como una de las mejores novelas del fallecido escritor, definitivamente no es un relato surrealista vacío de contenido: Es una metáfora de la ceguera espiritual que corroe a nuestras sociedades, la ceguera de aquel que no percibe la desgracia ajena, la ceguera del que vive ingenuamente dormido a la realidad, la ceguera del que solo percibe su propio valor y no el de otros, del que solo está interesado en sus propios intereses, del que ha olvidado la belleza de lo efímero y se ha concentrado en la obtención de lo que todos denominan como “grandioso”...La ceguera del que no percibe en su semejante a su prójimo, a su hermano. Como en una ocasión dijo Saramago, a propósito de su novela, “somos (la sociedad actual) ciegos que pueden ver, pero que no miran”.

Definitivamente, y hay que decirlo, “Ensayo sobre la ceguera” no es un libro que se pueda denominar como “placentero”. No es que su lectura no sea amena. No, por el contrario, al empezar a leerlo no se puede soltar porque ante uno se dan cita sucesos inimaginables, que hasta podríamos llamar salvajes y vívidos, cuyo desenlace se aguarda con expectación y con temor, porque este autor no es de aquellos que tenga consideración con los personajes de sus novelas.

Y cuando se dice que no es un libro “placentero” hay que enfatizar que no lo es porque, asimismo, no es un libro feliz. No es un libro optimista. Es un libro que nos presenta, frente a nuestros ojos y sin posibilidad de volver atrás, lo peor de la naturaleza humana, sus peores vicios y defectos, las ansias de maldad que no mueren aunque el individuo esté físicamente deshecho. Es un relato sobre la desalmada lucha por la supervivencia y, por tanto, nos impele (al recorrer cada página) a preguntarnos: Y yo, ¿Qué habría hecho en esa situación?

Saramago nos presenta lo que no quisiéramos ver, lo que no queremos admitir, lo que pretendemos evitar porque tememos y aborrecemos. Quizás por eso es que este escritor es amado por unos y odiado por otros. Y es que hay razones para ser ambivalente. Por un lado, en cuanto a su estilo literario, a veces no es fácil leer la retahíla de oraciones que enhebra magistralmente pero sin utilizar ni un solo punto, los infinitos párrafos que pueden ser de páginas enteras o los diálogos sin guiones para identificar las intervenciones de cada personaje.

No, no es fácil leer a Saramago, pero el esfuerzo vale la pena. Vale la pena asistir al develamiento de lo que parece una pesadilla realista, de un experimento sociológico al más puro estilo de “El Señor de las Moscas”. Vale la pena, porque no siempre lo más placentero es lo que más enseña: Al igual que con la vida, también la tragedia, la desgracia y el error pueden hacer germinar la reflexión, lucidez y cordura que solo pueden surgir cuando se quita a la realidad el manto de hipocresía que le cubre, cuando se acepta tal cual es.

Pesimista, anti utópico. Pero realista. Y ante una realidad con sus guerras, sus horrores cotidianos que se engullen entre uno y otro noticiero, sus dolores fraguados con saña y argucia, sus multitudes carentes de dignidad y repletas de dolor, no es difícil darle la razón a Saramago y a Thomas Hobbes quien en una ocasión dijo que “el hombre es el lobo del hombre”.

Ruth González